

Relatos para niños y adultos con alma de niños

Piedad Romo/Leroux



Relatos para niños y adultos con alma de niños

María Piedad Romo-Leroux Girón
(Psiquiatra y escritora)

Relatos para niños y adultos con alma de niños



CASA DE LA CULTURA
ECUATORIANA
-NÚCLEO DEL GUAYAS-

Editora:

Mgtr. Flor Layedra Torres

Corrector de textos:

Víctor Garay

Diseño y diagramación:

Lcdo. José Antonio Zambrano L.

Diseño de portada:

Tecnól. Francisco "Paco" Pincay P.

Impresión:

Armando Goya

Ayudante de imprenta:

Gina Alvarado

Impreso:

Editorial Ileana Espinel Cedeño
Casa de la Cultura-Núcleo del Guayas

ISBN: 978-9978-12-096-5

Guayaquil - Ecuador 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido escanear, reproducir parcial o totalmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares, sin permiso previo de la editorial.



/cceguayas



@cceguayas



@cceguayas

Contenido

El cónclave de los sapos	17
El concierto de los animales	29
El circo ha llegado	37
La rueda de la alegría	49
Cric- cric, el grillo “Patás Cortas” y la cigarra “Cantaora”	57
El extraño caso del morral sin fondo	65
Mis amigos, los árboles	73
Mi casa	83
¿Cuándo dejé de correr?	89
Ángel, el Gallo Tenor	97

De la fantasía a la realidad

Me generó un gran placer el haber leído El cónclave de los sapos y El concierto de los animales, en los que se pone de manifiesto, una vez más, la enorme capacidad creativa y la alta calidad de las obras de Piedad Romo-Leroux.

El cónclave de los sapos es una parodia, con punzante ironía, de la realidad que se vive en el espacio del poder legislativo, con tal humor revelador, que es imposible dejar de relacionar a estos batracios con la generalidad de nuestros "padres de la patria", quienes han llegado a la Asamblea gracias al voto de un pueblo que todavía peca de ingenuo, al creer en las promesas de los políticos que, una vez que consiguen sus fines, se olvidan por completo de quienes los llevaron a ocupar un escaño.

Por otro lado, es admirable el poder descriptivo, del que hace gala, al bañar con una policromía encantadora a la naturaleza y a los seres que la habitan, la que cobra una animación virtualmente mágica, a causa de la nutrida cantidad de imágenes sensoriales que convergen en el interior de su cautivador discurso.

En cuanto al Concierto de los animales, considero que es un verdadero "bocado de cardenal" para el lector facultado a conmoverse con obras en las que la frescura de la inocencia brille al lado de un lenguaje definitivamente poético. Es tan logrado ese concierto en fa sostenido mayor, que brinda para deleite de un público masivo, que me quedé con deseos de seguir "escuchándolo" por más tiempo.

Qué delicioso cuento Ángel, el gallo tenor. La policromía del lenguaje utilizado es realmente admirable. Grafica con precisión cautivadora el perfil de ese gallo, símbolo del tenor que, al envejecer va perdiendo irremediabilmente su otrora cantarina voz. La historia cala hondo por el mensaje de alta humanidad que conlleva.

Sonia Manzano Vela

Una mirada oportuna

Estoy encantado con El cónclave de los sapos, desolados y mustios los “votantes de la comarca” que una vez más han sido traicionados por el maldito poder y por la ambición del dinero que corrompen a aquellos que creen que sus fechorías serán olvidadas; vaya que sí es oportuna su fábula, políticos-sapos que abundan actualmente en nuestro planeta. La extraordinaria capacidad de Piedad Romo-Leroux para llevar al mundo infantil, a través del encanto de la naturaleza y del reino animal, en recreaciones como: El circo ha llegado, El concierto de los animales, La rueda de la alegría, El extraño caso del morral sin fondo, Cuando dejé de correr, Mis amigos, los árboles, Mi casa, Ángel, el gallo tenor, Cric, cric, el Grillo “Patatas Cortas” y la cigarra “Cantaora”, estos últimos son realmente un deleite para el espíritu de los niños y adultos con alma de niños.

Jamás me cansaré de ondear el pendón de su talento... Siento que le envidian Esopo, La Fontaine, Hans Christian Andersen, los Hermanos Grimm... y Walt Disney se queda en pañales. Felicitaciones, nos sentimos orgullosos de que Piedad Romo-Leroux forme parte de Uniletras y de la Revista Literaria Ave Viajera. Su obra debe llegar a todos los niños del mundo.

**Joseph Berolo Ramos,
Presidente Naciones Unidas de las Letras.
Bogotá-Colombia.**

Prólogo

Piedad Romo-Leroux Girón, cuya trayectoria en la literatura infantil constituye un largo y venturoso camino recorrido, nos entrega una trilogía de cuentos, a los que ella califica como “Relatos para niños y adultos con alma de niños”. En esta serie cargada de fantasía, la autora nos reitera su magnífica condición de narradora y el dominio de este difícil género literario dirigido a los niños.

La obra se inicia con el “Cónclave de los sapos”, en donde se describe una danza alegre de los animales, habitantes que emergen entre guayabales y mangales, que presididos por Don Manolo sapo convocan a una asamblea para defender sus derechos y hacer propuestas políticas. Los ofrecimientos electorales de los pintorescos animalitos, nos recuerdan las campañas de nuestros políticos, en las que se presenta una feria de propuestas y ofertas, para que, luego de culminar la lid electoral, las esperanzas se vean frustradas, como suele suceder en la política, en la cual se ofrece milagros que difícilmente se cumplirán y se evidencia que los votantes, “una vez más, han sido traicionados por el maldito poder y por la ambición del dinero”, como nos dice la autora.

El segundo texto, “Concierto de los animales”, es un bello relato cargado de fantasías y descripciones

musicales, en donde la orquesta filarmónica de la Selva Grande Oriental, ofrece un concierto con un gran número de animales que demostrarán sus virtudes en la ejecución de cada instrumento y lo impecable de las voces de los sopranos y tenores, que deslumbran a los asistentes. Este concierto tiene una narración que conserva la armonía y la musicalidad y es una manera de recordar a los niños que la música clásica colma el alma de sentimientos profundos y nobles.

El tercer cuento, "El circo ha llegado", narra un magnífico desfile de animales: malabaristas, trapeceistas y delfines rosados que hacen proezas; un puma que deleita con actos de magia, un caimán que traga fuegos y un jaguar motociclista. Todos conforman un circo muy particular, en donde los animales van de plaza en plaza, de pueblo en pueblo, para entretener a los humanos y arrancar sonrisas a los niños.

En esta interesante obra, Piedad Romo-Leroux logra inculcar a los niños, valores y principios. Les hace comprender el significado de una promesa, el compromiso con la palabra empeñada. Les conduce hacia el arte, para que conozcan la importancia de la música, como elemento esencial en la vida del ser humano, e incentiva a la mente infantil a desarrollar su imaginación.

Romo-Leroux, a través del lenguaje descriptivo y ameno, con los animales como su interlocutor, fomenta la creatividad de sus pequeños lectores y los sueños, con la aventura y la magia, sin perder el mensaje de los valores, del arte y de la cultura en general. Los niños se identificarán con la fantasía, las aventuras y los sueños. A través de este tipo de literatura, también podrán identificarse con la esperanza y crear un compromiso con la vida, y es que los cuentos de Piedad, a manera de fábulas, siempre contienen una moraleja o mensaje edificante y positivo para sus lectores.

Felicitaciones a Piedad Romo-Leroux por esta trilogía que constituye una magnífica propuesta literaria dirigida a niños y a grandes con alma de niños. Creo que, al leer estos textos, las sonrisas no serán únicamente de los más pequeños, sino también de los adultos, aquellos que aún no hemos perdido la facultad de sonreír y maravillarnos con la magia y la inocencia.

Rosa Amelia Alvarado Roca

El cónclave de los sapos

La mañana espléndida asomaba arropada por la tibieza del sol. El otero cercano empinaba su lindero arrastrando, entre hierbajos y piedrecillas, las huellas de viejas mulas que cargaban, en sus lomos, hatos de leñas que servirían para el fuego de las casuchas que se alzaban entre guayabales y mangales, que aromaban escandalosamente los riachuelos y pantanos que se habían desbordado en ese invierno, pues las lluvias caían incesantemente, y no daban tregua a los pocos habitantes de la comuna Caña Brava, quienes vivían de la pesca y de la siembra de frutales y legumbres.

Como decíamos, la mañana era espléndida; un ligero rocío empañaba, con sus cristales, a los helechos y a los culantrillos ruborizados que se alzaban bordeando la charca y el camino sinuoso que llevaba al otero. De pronto, un chirrido estremeció el aire. De entre los hierbajos asomaba una cabeza ancha con los ojillos pícaros y saltones, era Don Manolo sapo. Su cuerpo robusto con tono verdoso amarillento, se abría paso de entre los arbustos cercanos a la charca rebosante de lechuguines, en donde habitaba con su prole, Aleja, su esposa, Manolín, el mayor de sus hijos,

Griselda, su ranita engreída, y un sin- número de larvas, que pronto se convertirían en renacuajos y en más bocas que mantener.

Don Manolo siempre estaba atento al entorno, con gran destreza sacó su lengua larga y pegajosa, y atrapó a una mosca en un santiamén, esa y otras hormiguillas y gusanillos serían su desayuno en esta mañana invernal; dando pequeños, pero certeros brincos, escaló al pie del otero y desde allí vigilaba todo el paisaje; sin lugar a dudas, podría cautivar con su graciosa elegancia y elocuencia a todos aquellos que estaban convocados urgentemente. El objetivo de la reunión era para postularse para senador, cosa que no se ponía en duda alguna, ya que se encargaría de reivindicar a los suyos, quienes en los últimos años habían sido objeto de desprecios, de incalificables humillaciones, solo por el hecho de ser sapos... bueno, y sapas. Las hembras eran menospreciadas, tildadas de feas, de saltarinas de poza en poza, infieles y muchos otros epítetos ofensivos que, por respeto a los lectores, me niego a repetir.

Cavilaba Don Manolo sapo y oteaba con sus ojillos saltones la inmensidad del campo, desde donde los olores de los frutales aromaban hasta emborrachar con su fragancia todo el espacio.

Se escuchaban saltos que chapoteaban apresuradamente en los charcos y parecía que se multiplicaban; pero lo que apenas, unos minutos

antes, eran solo ruidos y sombras, tomaban forma de sapos y ranas. Todos, al unísono, se congregaban en la planicie para asistir a la convocatoria de Don Manolo.

La mañana despuntaba espléndida, daba la impresión de que ningún chubasco empañaría la reunión; debo decir que el tal Don Manolo tenía fama de manejar la palabra con tal propiedad, que persuadía a propios y extraños con su convincente labia.

Al momento preciso, el orador se alzó sobre sus ancas traseras y desorbitando más sus vidriosos y saltones ojos se encaró con la multitud:

—Compañeros, sabemos de los múltiples engaños que, durante tantos años (perdón, si me sale en verso), prosigo, nos han mentido con sus promesas de hacer mejoras en nuestra charca, limpiándola y mejorando todos los alrededores, pero no hemos obtenido nada de lo ofrecido. ¡Palabras y solo palabras, promesas y solo promesas! —Los ojos parecían salirse de sus órbitas. Tomó aire y prosiguió—: Yo le daré cumplimiento a todos sus reclamos. —Los aplausos atronaron el espacio. Don Manolo pidió calma y continuó—: Este puesto de senador no es fácil, es verdaderamente un oficio que conlleva innumerables sacrificios y hasta podría decir... riesgos y peligros. Me juego en esta cámara el pellejo, pero enfrentaré todos los malos tragos. —Aquí hizo una pausa, tomó aire, alzó aún más la voz y prosiguió—: Con tal de





servir a mis coterráneos. —Los aplausos atronaron el espacio—. Calma, calma, llevaré la voz de los sin voz, la palabra de los sin palabra, la lengua de los sin lengua y lograré que nuestra comuna tenga todo lo que por derecho propio se merece; lo único que les pido es que en las próximas elecciones, del domingo, las urnas se rebosen con votos con mi nombre. —Nuevamente los aplausos interrumpieron el discurso. Todos esperaban estas palabras prometedoras que, de alguna manera, les daban nuevas esperanzas; habían pasado muchos años de engaños por parte de los que llegaban al poder, no querían derrumbarse, ni perder la posibilidad de un representante que poseía el don de la palabra y que por vez primera, no los traicionaría. Querían creer en él, pues era el hombre, digo, el sapo más idóneo de los últimos años. Los gritos llenos de esperanza se multiplicaban en el espacio infinito: ¡Viva Don Manolo! ¡Viva la charca! ¡Viva la comuna de Caña Brava! —¡qué algarabía, qué bullicio, qué estruendosos aplausos!

—Todos, pero todos, estamos comprometidos con el progreso y las mejoras de nuestra charca y yo, lo único que haré es llevar sus reclamos y hacerlos cumplir a la brevedad posible en el congreso. Es mi palabra comprometida y la haré cumplir, ¡os lo juro!

Así estaban las cosas, poco a poco los sapos, las ranas y los renacuajos fueron dispersándose. Don Manolo puso sus cuatro ancas en el suelo y dando

brincos de alegría, silbando la canción de moda, Despacito, tomó el camino de regreso a su charca.

Su mujer, un tanto escuálida y desgarbada, lo esperaba en la orilla, su semblante amarillo-verdoso empalideció aún más y sin poder contenerse le gritó con voz desgarrada por la furia: —cómo lograrás cumplir con todas tus promesas, si en casa nos tienes, a tu prole y a mí, sin sustento alguno, llegas en las madrugadas borracho, exigiendo atenciones que no te mereces, por supuesto, afuera muestras una cara diferente; quien no te conoce que te compre; no puedes tener dos caras, la del político que quiere hacer enmiendas y mejoras para la comuna y la del marido y padre irresponsable que a duras penas cumple con sus deberes. —La mujer se empinó en sus ancas traseras y cogiendo aire prosiguió—: No engañes a nuestros vecinos y asume tus defectos enfrentándote a la cruda realidad. —El sapo tragó saliva y desvergonzadamente, sin querer oír más palabras, se sumergió en el agua; una especie de remolinillo sacudió la superficie—. Nuevamente me dejas con la palabra en la boca, pero recuerda que: el que siembra vientos cosecha tempestades. Llegó el domingo, las urnas estaban, desde la madrugada, listas para recibir a los votantes. A las siete de la mañana, los delegados y delegadas estaban en sus puestos, esperando con las listas ordenadas alfabéticamente.

Los sapos y las ranas, en edad de votar, madrugaron

luciendo sus mejores galas. La mañana era realmente festiva. ¡Cuánta algarabía, cuánta bulla en los alrededores! Un despliegue de militares con sus uniformes de gala observaba el orden y que de manera alguna se formara trifulcas. A las ocho en punto llegó, con su traje dominguero, Don Manolo; los “hurras” y los gritos de “viva...” atronaron el recinto. Él saludaba a unos y a otros alzándose en sus patas traseras, estaba seguro de que llegaría al senado.

En la tarde comenzó el conteo y al término del día, los medios de comunicación mostraban la figura del triunfador, por supuesto, era Don Manolo. Él era llevado en hombros por la multitud que lo aclamaba. En mucho tiempo no se había visto tanta conmoción entre los moradores de la comuna, ellos no dudaban del buen temple y juicio que creían que tenía su senador, quien llevaría a las tribunas del senado, la voz de los sin voz, las aspiraciones de todos aquellos que nunca tuvieron ninguna posibilidad de ser oídos y que cumpliría sus promesas. Era una charca feliz.

Pla, Pla, Pla, una tras otra las gotas de lluvia caían sobre el agua estancada y aunque les parezca que ésta es una historia curiosa e inverosímil, de datos y detalles asombrosos, es real y verdadera. El roce de cañaverales y juncos hacía estremecer a la charca.

Al momento, infinidad de larvas de mosquitos

hicieron aparecer sus sifones en la superficie y gran cantidad de estos zumbaban rozando el aire con sus trompas chupadoras. Las pulgas de agua, como nubes de motas flotantes y transparentes, subían y bajaban siempre con la cabeza hacia arriba. De pronto, el croar de las ranas: —¡qué sonido! ¡Qué coro! Miren cuántos huevecillos ustedes han puesto entre los nenúfares, pronto aparecerán miles de renacuajos. ¡Una charca no podría vanagloriarse de serlo, si faltaran ustedes!

Las flores colgantes, rojas, púrpuras y violetas crecían por todas partes; los hongos en la orilla sembraban filas de sombreritos blancos y grises, sentados en los troncos caídos, tomando el sol matinal; allí soplaban una brisa muy agradable, impregnada de gratos aromas; aquí y allá saltamontes, chicharras y grillos que no paran de chillar.

¡Cuántas esperanzas abrigaban los sapos, las ranas y todos los habitantes de la charca! Todos estaban seguros de que no serían defraudados y de que Don Manolo lograría cumplir con todas sus promesas. Los días y las semanas pasaban y en los medios de comunicación no se oían las palabras del famoso sapo; otros senadores llevaban la voz cantante; una especie de letargo llenaba las mentes de los habitantes de la charca, pero no admitían que por enésima vez habían sido traicionados.

Una tarde de mayo llegaron los rumores de que la familia del sapo Manolo se había mudado a la Isla Manolín, en donde moraban los ricos y aristócratas, lo habían visto luciendo sus mejores galas en los clubes y bares de la comunidad, que jugaba al golf, que competía en torneos de famosos, y su señora, doña Aleja, y sus hijos, Manolín y Griselda, asistían a reuniones de familias aristócratas, compartiendo té y juegos de naipes con las damas de la alta sociedad. ¡El dinero había roto el saco nuevamente!

Un silencio sepulcral se extendió por la charca, ni siquiera su propio rumor tan habitual logró turbar ese profundo silencio. Las algas curiosas, con su color verde azulado, se paseaban calladamente con sus ramas a manera de rosarios. Los helechos aparecen entre las grutas de las piedras, permitiendo que el agua chorreara entre sus pliegues. Los musgos, entre las peñas desoladas, llenaban las grietas de minúsculos tapices. Los alargados y finos líquenes estaban apretujados, aquí y allá, en manojos y los solitarios lirios de agua parecían desolados y mustios. Una vez más habían sido traicionados por el maldito poder y por la ambición al dinero que corrompen a aquellos que creen que sus fechorías serán olvidadas.

El concierto de los animales

Concierto en Fa sostenido mayor, op. 17 —para piano y
orquesta
de Luigi Von Guacamayo

Orquesta filarmónica de la Selva Grande Oriental

Director: Fabián Chimpancé.

Pianista invitado: Joan Pingüino le Frost.

Primer violín: Enrico Grillo.

Soprano: Ángelus Canaria.

Tenor: Marino Sapo.

Bajo: Carlín Tortuga.

Estreno: Bosque mayor de los alrededores del lago central,
en la concha acústica Meridional de la selva.

Todos los músicos se encuentran sentados frente a sus atriles, con sus respectivas partituras. El silencio en el auditorio es absoluto. Se abre el cortinaje de terciopelo azul; lentamente se bajan las luces, se cierran las puertas, hay gran expectación. De entre bastidores aparece la figura arrogante del director, Don Fabián Chimpancé, en su mano diestra sostiene la batuta y de espaldas al público se dirige solemnemente a los músicos, quienes están atentos a sus indicaciones; enarca la ceja





derecha, mira fijamente hacia los contrabajos, pasa revista a los bronces, observa con el rabillo del ojo a Enrico Grillo, su concertino, sostiene la respiración, levanta también la mano izquierda y da paso al intérprete del piano, Joan Pingüino le Frost, pianista invitado de los lejanos glaciares del sur. Su fama de gran concertista ha recorrido el mundo entero, ganador de numerosos premios internacionales, no solo se alaba su virtuosismo y su técnica magistral, en revistas y periódicos, sino también esos improntus que, de manera soberbia, deja a sus espectadores sin resuello; él viste un elegante frac negro que resalta su portentosa figura. Los primeros acordes en Fa sostenido mayor, invaden el auditorio y dan una extraordinaria unidad. De inmediato, los violines y las violas entran en el momento preciso que indica Don Fabián.

El primer violín, Enrico Grillo, con suma elegancia, sostenía el arco con su mano derecha, con tal precisión y maestría, por algo, su reconocimiento y su prestigio como notable violinista, había trascendido al otro lado de los mares, además, debo decir que el violín es nada menos que un Estrasicarius del siglo XVII, avaluado en diez mil millones de las pesetas actuales. La fuerza, la precisión y la resonancia, son extraordinarias, apoyaba su barbilla en la mentonera y el alma del violín vibraba en la acústica del recinto. ¡Qué sonidos, qué vibrato, qué maravilla!

Una vez que comienza el "allegro vivace", el movimiento se hace más activo y feliz. De inmediato, los segundos violines y las violas

interpretan el segundo tema musical con una precisa ejecución del pizzicato y se unen al líder de los arcos, Don Enrico. Asimismo, al momento exacto, por indicación de la batuta del director, el sonido de los chelos, con esas notas delicadas y melodiosas, es la que más se parece a la voz humana, llena todo el espacio; el director señala el momento preciso para que Don Tomás Tapir haga resonar, con sus baquetas acolchadas, los timbales majestuosos y rimbombantes, este instrumento encendió el recinto con su estruendo armonioso, dando al concierto una solemnidad magistral. Las trompetas, las flautas, el oboe, los fagotes y los clarinetes, con ceremoniales notas, invaden todos los espacios de la sala. Mientras tanto, los espectadores guardan profundo silencio, están llenos de arrobamiento y escuchan con embeleso el concierto que está dejando al público en estado de choque.

Hay una pausa de breves segundos, el director prepara la batuta para dar paso a las figuras más esperadas de esta gran noche: la soprano Ángelus Canaria, quien viste un traje de Armazzi, azul brillante, que resalta su estilizado cuerpo, es recibida con estruendosos aplausos; el tenor Marino Sapo, con un frac negro, camisa blanca y corbatín, dio unos pequeños brincos, colocándose en el centro.

A paso lento, pero firme, apareció Karl von Tortuga, vestía un traje negro acorazado de fino satén, cuya voz tremendamente profunda daría gran realce a esta magnífica obra musical.

Momento de recogimiento y silencio, Don Fabián Chimpancé nuevamente alza la batuta y se escucha la voz armoniosa de Ángelus Canaria, con gorjeos y arpeggios de La Traviesa, de Verdión, ¡qué tesitura!, ¡qué modulaciones! Al término del aria, los aplausos fueron atronadores; de inmediato, el tenor Marino del Sapo, se adelantó con unos pasos, interpreta el aria La Borracha de Pucciato y deja sin respiración al auditorio, de igual forma los aplausos retumbaron el ambiente. Es el turno de Karl von Tortuga, yo me atrevería a decir que es el cantante más esperado de la noche, que empieza con los primeros acordes de la ópera Chitón Boca Blanca, también de Verdión, Izo Lace herido Almito; más grave no podía ser su voz. ¡Esto es increíble, pero es cierto!

¡Qué noche, amigos! ¡Qué fastuosidad! Este concierto pasaría a la historia de los repertorios más comentados y aplaudidos del mundo animal. ¡Conciertos como éstos deben llenar los auditorios!, es que la música clásica nos colma el alma de sentimientos profundos y nobles. Les aconsejo niños que escuchen estos acordes regocijados. Hay compositores que hicieron partituras que perdurarán por siempre, como la Quinta Sinfonía de Ludwig van Beethoven, al igual que el Canto a la Alegría de la Novena Sinfonía. Estas obras recorren el espacio, en las sondas Voyager, enviadas por la NASA, con el fin de que al ser interceptadas por seres extraterrestres, sepan que en nuestro planeta Tierra, queremos y anhelamos la paz, la hermandad y la felicidad entre los hombres.

El circo ha llegado

Este día amaneció lleno de luz. Un arco iris se extendió encima de la montaña reverdecida por el rocío de la madrugada, sus colores colmaron de dicha a todos los habitantes de la selva. Hacía algunas semanas, los árboles tenían en sus troncos carteles que anunciaban la llegada de un famoso circo que estaba recorriendo escenarios de diversos lugares del mundo. Su fama se extendió de norte a sur y de este a oeste; al sitio que arribaba, sitio en el que las entradas se agotaban de inmediato.

Por los senderos, la algarabía de los pequeños era tal que, las florecillas sonreían al verlos ir y venir, enardecidos de felicidad y blandiendo en sus manitas los boletos que sus padres adquirieron con anticipación. Cómo no rebozar de alegría si muy contadas veces un circo se anunciaba en esos lares, de tal manera que, ningún lugareño quería perderse semejante maravilla.

El estreno se anunciaba para la tarde del sábado 3 de junio, de 15:00 a 17:00. Y la función del domingo 4, de 19:00 a 21:00. Prácticamente se habían agotado todos los boletos y los que aún quedaban estaban a la reventa. Las entradas tenían precios

módicos: luneta 3 reales, platea 2 y galería 1. Unas banderas multicolores ondeaban en lo alto de la plazoleta, donde se levantaba la carpa multicolor que había sido instalada en el transcurso de esa semana. Había un permanente movimiento de ir y de venir de los trabajadores, preparando todo y cuidando el más mínimo detalle. Los curiosos deambulaban cerciorándose de que las cosas iban a pedir de boca.

Llegó el ansiado día. Los tambores y las cornetas inundaban el ambiente con sus sonidos armoniosos, pero también debo decir que eran estridentes y alborotaban el espacio; luces radiantes, pitos, panderetas, idas y venidas de bulliciosos peatones queriendo entrar para alcanzar los primeros lugares. Todo el recinto circense rebozaba de alegría, risas y habladurías, ¡qué desorden, qué agitación, qué despliegue vivaz y bullanguero!, y ¡qué decir de los vendedores! Con sus gritos anunciaban la venta de sus mercancías y éstas se escuchaban por doquier: ¡canguil, manzanas acarameladas, chupetes de fresa y miel, algodón de azúcar!, ¡aquí su agüita de coco, su bebida preferida, lleve, lleve, solo a medio real! ¡Ah, qué delicias, qué bullicio, qué griterío!

La fila doblaba algunas cuadras, pero nadie empujaba, ni quería pasarse de listo. Apertrechados con sus golosinas y bebidas ingresaban en riguroso orden. En la casa y en la escuela les habían enseñado, con el ejemplo, que la disciplina y

el buen vivir eran valores indispensables para alcanzar el éxito y el crecimiento en la comunidad.

El público guardó un ansioso y expectante silencio, el espectáculo iba a comenzar; sonidos de trompetas y el repicar de timbales dio inicio a la función. En el escenario, entre bastidores, apareció una briosa Yegua blanca, Las Doce Leguas, llevando en su lomo a un lobo café con manchas amarillentas, quien no era otro que Danilo Lobo, vestido de caballero andante, blandía en su pata derecha un látigo con el cual varias veces chasqueó y fustigó el aire; inmediatamente se abrió el desfile. A la vanguardia, el dueño del circo, un gato montés, Don Gabucho Bigotes, en riguroso esmoquin y corbatín rojo, con pasos marciales y con bastón de mando en pata avanzaba orgulloso por el escenario, detrás toda la troupe, elegantemente ataviados saludaban sonrientes y hacían reverencias ante la multitud que, expectante y enardecida, dejaba oír sus atronadores aplausos.

Terminada la presentación, los malabaristas hicieron su entrada, dos estilizados delfines rosados de la Amazonia, quienes con destreza y extrema habilidad lanzaban al aire pelotas de goma, las cuales giraban haciendo piruetas y con absoluta seguridad las alcanzaban; de súbito sostenían en sus aletas antorchas, cuyo fuego iluminaba sus esbeltas y graciosas figuras, haciéndolas resplandecer, las giraban, las lanzaban y las





agarraban con tal armonía y seguridad, dejando sin aliento a los visitantes. Los delfines inclinaron sus testas, para dar por terminada su maravillosa y aplaudida participación.

Nuevamente el redoble de tambores anunciaba la entrada a la pista de una de las estrellas de mayor fama, la Gran Jolie, una perrita french poodle, cuyo número había trascendido fronteras; ella acompañada del muy orondo y rechoncho Cerdito Crispín, que vestía un delantal blanco con la insignia de la Cruz Roja, realizaron el increíble número de salvamento.

Jolie hacía su aparición, desde el techo de una casa que estaba siendo arrasada por el fuego, vestida con un tutú rosa que resaltaba su graciosa y esbelta figura. Las llamas amenazaban con consumirlo todo. La perrita con sus lastimeros ladridos pedía que alguien viniera en su auxilio, ¡guau, guau, guauuu! ¡Ayuda!, y entonces el famoso Crispín, ni corto ni perezoso, entra en escena, llevando consigo una carretilla, que no era otra cosa que la ambulancia con su estridente alarma. Estaba seguro de salvarla. Jolie se lanzó al espacio, cayendo entre los rechonchos y fornidos brazos, digo patas, de su héroe. Los aplausos no se hicieron esperar; el número, tal como lo vaticinamos, fue recibido con estruendosos aplausos y ambos artistas se vieron obligados a salir una y otra vez, ya que la concurrencia los reclamaba para volverlos a ovacionar.

Finalmente, Jolie y Crispín se despidieron de los asistentes. Ella con mucha gracia inclinó su cabecita repleta de abundantes rizos negros y Crispín moviendo su rabito en forma de "S". Los aplausos duraron varios minutos, fue una aclamación que, sin lugar a dudas, pocas veces había sido tan prolongada. La french y el cerdito agradecieron nuevamente, inclinándose con elegancia y de inmediato, a pasos rápidos, desaparecieron tras bastidores.

—Es el momento de anunciar a los trapecistas, los increíbles... los inimitables... los únicos... —dijo una voz. El Cóndor Julián y el Zopilote Fermín, ambos con prontitud, aparecieron en unas plataformas, desde donde se lanzaron al aire, sin cuerda y sin alguna red que los protegiera; se tomaron de las alas en el centro de la pista, dieron tal voltereta que hizo que el público atónito se quedara sin aliento. Todos miraron fijamente, esperaban la irremediable caída, pero no. Ambos, con inusitada gracia, se balancearon perfectamente y alcanzaron sin dificultad la plataforma de salida. La elegancia y el perfecto balanceo se repitieron, por tres ocasiones, ejercicios realizados con admirable equilibrio y destreza absoluta.

La música de la fanfarria nuevamente se escuchó, los tambores sonaron, ¡tam, tam, tarán, tantam...! Fue el turno del mago, el Puma Copiafiel, ¡qué porte, qué figura, qué elegancia! Vestía un traje azul oscuro, camisa blanca, corbata celeste, en

el bolsillo superior del saco asomaba un pañuelo blanco. Los aplausos no cesaban, era este un prestidigitador aplaudido en todos los lares, su fama reconocida por sus increíbles desapariciones y transmutaciones de objetos, tales como monedas, cartas, su poder de adivinación y de lectura del pensamiento a los asistentes y el número más admirable... de ese pañuelo que adorna su bolsillo del saco, hizo aparecer una paloma blanca que alzó el vuelo ante la mirada atónita de los espectadores, quienes con sus aplausos ensordecieron la lona circense. Copiafiel transmitía misterio, desconcierto, emoción y sorpresa entre los asistentes.

De inmediato vino un pequeño receso en el que el emocionado auditorio aprovechó para estirar las piernas, digo las patas, comer dulces y patatas, beber gaseosas e ir al baño, ya que de tantas risotadas, las vejigas reclamaban con urgencia ser vaciadas.

Después de quince minutos se anunció el inicio de la segunda parte. Todos regresaban y se acomodaban en sus asientos. Los altoparlantes invitaban a continuar con la diversión, era el turno del Caimán Polivio, el traga fuego, el único Caimán capaz de echar llamaradas por la boca, sí, sí, candela vivita; sí, sí, vivita, y salía de sus mandíbulas a través de esos inmensos, cónicos y afilados dientes, los espectadores, estupefactos no daban crédito a lo que veían. —¡Es candela,

mamá! —gritaban los pequeñuelos—: ¡mamá, fuego está saliendo de sus fauces! —Las madres los tranquilizaban—: —Es solo un truco y nada más —dijeron.

Polivio se despidió, haciendo reverencias ante los aplausos y la admiración de los asistentes. —Ha llegado el momento de reír a mandíbula batiente, de desternillarse de risa —dijo una voz. Apareció Jeremías Mono Tití, con su vistosa y extravagante indumentaria, chaleco amarillo, peluca roja y pantalones anaranjados; arrancó las carcajadas de los asistentes.

¡Qué locura, Dios mío! Las bromas, los chistes y las piruetas avivaron los ánimos hasta hacerles saltar las lágrimas y estoy segura de que algunos hasta se fueron de “agüitas”; ja, ja, ja, las risotadas hicieron temblar la carpa, gracias a Dios que ésta se sostenía firmemente, caso contrario, se venía abajo.

En el número final, se divisó en el área circular al monociclista, quien no es otro que el Jaguar Manolo; con una gorra de cuero negra en la cabeza, avanzó pedaleando con las dos patas traseras y luego con una sola mantuvo el equilibrio; ¡qué dominio, cómo mantenía el centro de gravedad, cómo manejaba los pedales!, ¡fue increíble!, salta y baja escalones y luego se aleja diciendo adiós con ambas patas delanteras.

Todo el elenco, con Don Gabucho encabezando la parada, dio por finalizada la función. Agradecieron y prometieron regresar lo más pronto posible; otros escenarios los esperaban. Ellos cumplieron con su propósito, entretener sanamente y hacer feliz al público, pues, eso también los hacía felices. Se fueron contentos agitando sus pañuelos y lanzando confetis, serpentinas y caramelos al aire; los niños, ni cortos, ni perezosos, se apresuraron a recogerlos; las risas y la bulla ensordecieron el lugar, que sería desmantelado al amanecer.

Por hoy se había acabado la función, se incorporaron de a poco los asistentes, salieron haciendo positivos y ruidosos comentarios. Las luces se apagaban lentamente. El espectáculo de luz, magia y diversión, ese que se anunciaba con afiches publicitarios; el circo itinerante, que iba de pueblo en pueblo, que levantaba la carpa en plazoletas amplias, que daba regocijo y despertaba las más variadas emociones, se despedía. No sabía hasta cuándo, pero estaban seguros que en algún momento, después de uno, dos o tres años... ¡regresarían!

La rueda de la alegría

En sus domicilios, nidos, cuevas, hoyos, madrigueras y ríos, los animales estaban rebozando de felicidad; se comentaba con algarabía que la rueda moscovita estaba siendo levantada a la entrada del pueblo. ¡Qué bullicio, qué júbilo! Ninguno de los pequeños, bueno, ni tampoco de los adultos, habían visto algo parecido, eso sí, habían escuchado en correrías que era una rueda muy, muy grande, a la que algunos llaman Noria, otros, Rueda de la Fortuna; aquellos que subían tenían la sensación de tocar el cielo con las manos. Tenían la curiosidad de estar sentados en las alturas.

Mamá y papá castores estaban asentados en un riachuelo cercano, dejaron por un momento su labor de vigilar la represa que habían construido, hace pocos días, con ramas de madera y barro, y prestaron oídos a los comentarios que corrían de boca en boca. Los pequeñuelos que jugaban cerca, saltaron de contentos, no les cabía la menor duda de que todos irían a la inauguración de la famosa rueda.

Unas golondrinas avistaron, desde sus nidos, que ya se habían colocado las bases de una enorme plataforma para la famosa rueda y en breve





culminaría su ensamblaje; la curiosidad las mataba, pero eso sí, ellas no gastarían sus reales en comprar ningún boleto, pues desde las alturas dominaban el paisaje. El gasto que lo hagan aquellos que no gozaban del privilegio de volar —decían.

Desde un samán, un enjambre de abejas afanosas iba y venía alrededor de la colmena, que ensordecían con sus zumbidos los alrededores. Dos monos tífes saltaban de rama en rama y luego, encaramados en un guayacán, hacían piruetas, queriendo llamar la atención de los parroquianos, quienes se entretenían con sus travesuras. Ellos no dejarían, por nada del mundo, de adquirir, lo más pronto que podían, sus tickets. Más allá, una iguana verdiamarilla, con manchas negras y el dorso con una fila de espinas dentadas, se acercó sigilosa y precavida, y preguntó con voz gangosa, sobre la famosa Noria, pues no quería perderse de semejante suceso y deseaba estar con su prole en la inauguración. No paraba la iguana de hablar, dándole a la sin hueso, cuando una lora de plumaje verde intenso y cogote amarillo, tomó las riendas de la conversación: —no me pueden excluir, quiero asistir con ustedes a ese acontecimiento, con mi consorte Demetrio y mis pequeños, quienes gozarán, y tienen el derecho, ya que han terminado la escuela con excelentes notas.

Un pequeñuelo de dorso verde brillante, quien no era otro que un colibrí, se acercó batiendo sus alitas

con tal intensidad y con prontitud gorjeó: —Dónde es el encuentro, quiero asistir —preguntó. Todos al unísono aplaudieron la ocurrencia y estuvieron de acuerdo para indicarle el sitio convenido.

Una familia de ardillas de ojos brillantes, de dientes prominentes, de colas largas y peludas, llevando bellotas entre sus patas, apareció por el sendero de ceibos alargados y fantasmales, y se unieron al festejo, porque amigos, esto era un festejo, ¡qué otra cosa podría ser! Los preparativos eran muchos. Los días y las noches se sucedían, hasta que llegó el momento esperado, la rueda moscovita, la Noria, la rueda de la fortuna, se abrió al público esa misma tarde.

La noticia se difundió por todos los lares de tal manera, que la cola para adquirir las entradas doblaba cuerdas de cuerdas, casi hasta la salida del recinto. Los primeros en subir a la cabina fueron la familia de patos, mamá, papá, Rosendo y Ramona, de siete y seis años, respectivamente. Los pequeños, algo temerosos, esperaron a que un gavián, con overol azul y camiseta blanca, gentilmente los acomodara cómodamente junto a papá y mamá. Así, en las treinta y seis cabinas se sentaron plácidamente, grupo a grupo, guardando la correcta formación; piqueros patas azules, iguanas, ratones, ratas, ¡por qué no, por qué excluirlas!, gatos y gatas, ardillas, castores, monos chillones, ovejas, cabras, asnos, mulas, osos hormigueros, camaleones, lagartijas...

Desde arriba todo se veía semejante a una pista de juguete, árboles frondosos empequeñecidos, palmeras, ceibos, guayacanes, higuerones y flores diminutas; el cerro estaba a lo lejos lleno de vida y colorido, y el río con su caudal sereno corría sin prisa, llevando líquenes y desplegando su verdor.

Las canastas de la rueda moscovita, con sus alegres ocupantes, subían y bajaban, subían y bajaban... una y otra vez. Algunos chiquitines se sintieron mareados pero, a pesar de estarlo, no querían descender de la maravillosa rueda. Pero todo llega a su fin y otros esperaban con ansiedad su turno para deleitarse.

Unos desocupaban los asientos y otros se aprestaban a gozar de tan famoso entretenimiento; sin embargo, la felicidad en los rostros era tal, que aquellos que esperaban lo hacían jubilosos de ser partícipes de esta incomparable experiencia, la cual recordarían toda la vida.

La verdad es que, el ya entrañable círculo de acero, después de una semana fue desmontado; sus dueños lo levantarían a otro no lejano lugar, para compartirla alegría y el gozo a otros lugareños, quienes con toda seguridad nunca habrían visto, ni asistido a un acontecimiento de tal índole. La rueda moscovita, la Noria, la rueda de la fortuna, será el deleite de niños, niñas, adultos, y por qué no de los ahora llamados adultos mayores.

Cric- Cric, el grillo “Patás Cortas” y la cigarra “Cantaora”

Esta historia no tiene precedentes, simplemente porque jamás nadie tomaría en cuenta a habitantes tan singulares como los insectos, quienes en su mayoría moraban en la campiña que se extendía a lo largo y a lo ancho de un paraje solitario y frondoso; donde unos árboles de troncos anchos y vigorosos se alzaban, custodiando el recto y largo camino del campo; los olores de las flores y de los frutos colmaban el aire de sutiles y embriagantes aromas.

Todo el paraje incitaba a la meditación, al entrar en contacto con la naturaleza. Debo decir que se iniciaba la época de intensas lluvias, de calor y de mucha humedad, un ambiente propicio para la proliferación de estos sorprendentes moradores tan singulares: los grillos. Estos insectos se apoderaban de las laderas soleadas y cálidas.

Durante el día estaban escondidos en agujeros y en las noches se asomaban a la superficie, inundando con su amoroso canto estridente y así el paraje multicolor estaba repleto de intensa belleza.





Eran muchos los bichos que de un lado a otro iban y venían; mariposas, cuyas antenas rastreaban el aire; escarabajos, con sus alas en forma de estuche negro, con brillo metálico e iridiscente; hormigas andariegas iban de aquí para allá, llevando su pesada carga a cuestas; cigarras, cuyos machos cantaban enamorando a las hembras, cuando el calor era intenso y la brisa suave. De entre los hierbajos aparecieron los abejorros, cómo no presentarles a estos singulares insectos con cuerpos robustos, que estaban entretenidos en libar el néctar de las margaritas, lirios, azucenas, rosas y crisantemos, quienes con sus brillantes colores los invitaban a regocijarse con sus almíbares.

Entre los grillos había uno que tenía su autoestima muy baja, pues a diferencia de sus congéneres que tenían patas largas, las de él eran cortas; sin embargo, poseía un don, su canto era melodioso, atraía a propios y extraños, cautivándolos. Una noche, sumido en sus pensamientos, en un rincón de la ladera, como un eco susurrante, fluían tenuemente los suspiros de Don Grillo, Patas Cortas.

En medio de la noche misteriosa, una sencilla y armoniosa melodía, que parecía bajar de los cielos, desde azules y serenas lejanías, resonaba tenue y suave. Pero, entre vuelos y revuelos, el sonido se adelantaba un poquito; la cigarra, complaciente, presurosa y airoso, alistaba prontamente su garganta, se acomodaba con deleite y su cuerpo diminuto se agigantaba. Entre

las ramas, apareció, presto, humilde y desgarrado, la figura incomparable de Don Grillo, Patas Cortas, que saltó con gran susto, temeroso; inspirado en el verde reluciente de un arbusto, contoneó su figura y con un tono agradable, templó el arco entre las alas y las patas, así dio inicio a un concierto tan sonoro, que se removieron al unísono los sotos, que se bamboleaban las matas y se estremecieron los sembrados del atajo, ante inigualable coro. ¡Todo el mundo se quedó ensimismado!

El hechizo de la noche se descolgó como un manto y se escuchó tal derroche de las notas estridentes, pues el grillo y la cigarra no desistían de su canto, ¡envidiable placidez en el ambiente! Mientras tanto, los acordes melodiosos, se filtraban entre gasas, entre lirios perfumados, se diluían en arpegios armoniosos y arrullaban tiernamente el sueño. De pronto, la coquetona aurora sonreía cautivada, vio a la pareja misteriosa que, sin demora, aclaraban sus gaznates. Poco a poco, ya sin prisa, rencos, ebrios y extenuados, remecidos suavemente por la brisa, con sus pechos temblorosos y agitados, iban saltando entre las ramas, como dos enamorados que exhalaban mil suspiros, ¡agarrados de las alas, cogiditos de las patas!

El extraño caso del morral sin fondo

quel día de mayo, las monedas brillaban bajo la luz del candente sol, era una de esas mañanas espectaculares. Las monedas se levantaron tintineando felices, pues eran conocedoras de su valía que aumentaba cada vez más. Daban saltos, locas de contento, doradas, plateadas, bronceadas; qué más daba el metal del que estaban hechas, el asunto era que se habían adueñado del mundo y prevalecían apoderándose de la voluntad y de la ambición desmedida e insaciable de los hombres.

¡Cuánta energía, cuánto vigor, cuánto brío! ¿De dónde provenían?, ¿de negocios sucios, mal habidos, inescrupulosos o de fraudes financieros al erario nacional? Lo que ellas necesitaban era acrecentar más y más sus caudales, repletar el morral hasta que, por la fuerza de la gravedad, comenzara a desbordarse y entonces se iban a sentir las dueñas del universo, ya que el dinero mandaba y su poder no tenía competidor alguno.

Las monedas relucían de felicidad junto al verde de los dólares, quienes eran sus mayores y administraban el mundo; los centavos conocían que ningún competidor, ni los metiches euros que





hacía poco tiempo habían salido al mercado, ni los creídos y pretenciosos yenes japoneses, cuyo valor en los últimos años había alcanzado una relevancia en el mundo financiero, peor aún si hablábamos de los rublos, esos al igual que los francos suizos, a la par que la corona sueca, no eran sino unos advenedizos en este mundo globalizado y para qué referirnos al peso en Sudamérica o a la miserable peseta, con la cual no podrías adquirir nada de valor. Estos dos últimos, ni siquiera eran tomados en cuenta en este mundo. Los fuertes solo eran dignos de competir, los débiles debían desaparecer, porque eran unos fracasados.

Los billetes se abanicaban, porque el calor sofocante los hacía sudar copiosamente. Las monedas se movían de un lado a otro, tintineando, ya que se sentían recuperadas por haber alcanzado un poder adquisitivo en el mercado negro. Esa mañana esplendorosa, pasaría a la historia, pues el dinero, convertido en monedas y billetes, eran las “mamacitas” y los “papacitos”, “los mandamases” del planeta.

Los fraudes financieros no son los males de estos tiempos, se remontan a inicios del siglo XX, su fin era recuperar ganancias en cortos plazos. En 1990, un tal Pater Old, después de utilizar el dinero de un poderoso banco, se volvió loco y terminó sus días en un manicomio; Niky Lesson, por la magnitud del fraude, fue recluido en prisión. Uno de los mayores dolos fue el de Kanny de Ley, presidenta

de una importante compañía de Energía, Errol Cuerpoacción. La empresaria no pudo soportar tan terrible situación, y murió de golpe por un infarto. En el 2008, Tarac Maloff se vio involucrado en la estafa multimillonaria del siglo, fue condenado a 150 años de cárcel. La reina Chabela II tampoco se salvó, estafó al fisco, y su dinero lo guardó en los bancos de las Islas Cocodrilo, como el canadiense Step Bron-Col; y qué decir de Ruski Constante Kosakov, con inversiones millonarias fraudulentas en Los Edenes Papers, al igual que innumerables líderes mundiales y artistas famosos.

La lista era interminable, nos hubiera faltado papel para completarla; el caso es que, nuestro planeta Tierra orbita en tercer lugar alrededor del sol y el hombre, homo sapiens, se convirtió en su mayor depredador, su ambición desbordada lo lleva a destruir la naturaleza, rindiendo pleitesía al poderoso caballero Don Dinero, que no le importa de dónde provenga ni a quién sirva.

Los billetes y las monedas tomaron las riendas del control y por eso se hallan envanecidos, adueñados de la conciencia de los humanos; en este preciso instante, las preguntas del "ser o estar" necesitan respuestas de conciencia, por desgracia prevalece el "estoy" por encima del "soy". El dinero ha tomado las riendas y el poder, pero tenemos que regresar al ser, caso contrario, caeremos en el abismo insondable del que difícilmente podemos regresar.

Los billetes y las monedas deben servir solo para suplir las necesidades de los humanos, no para corromper ni envilecer las conciencias, ni llevarlos a la recesión y exterminio de la humanidad.

Mis amigos, los árboles

Eran exactamente las seis de la mañana, clareaba lentamente y esa luz resplandecía atrás de la colina que se alzaba cerca del río; nunca antes me pareció el bosque tan acogedor y repleto de una extraña sensación de energía vital. Los olores se expandían embriagando con cálida frescura los rincones y las encrucijadas más escondidas entre matorrales y hierbajos que con humildad se extendían a lo largo y ancho del sendero. Los guayabos explayaban sus ramas y en estas los amarillentos frutos colgaban, su fragancia invitaba a degustarlos y saborearlos con placidez. Ellos fueron las delicias de mi infancia. La mermelada de guayaba endulzó mi niñez.

Cómo olvidar a un costado, entre greñas de hierbajos, los cafetales remarcados con sus pepas rojas se extendían alborotando con su intenso olor el paisaje; ¡qué frescura, qué placidez!, mientras tanto, el sol resplandecía, colmando por completo el campo y las múltiples y variadas frondosidades se abrían impetuosas entre el ardiente y fogoso amanecer.

Los platanales con inmensos racimos colgantes eran tan apetecidos por los lugareños para servirlos





como patacones, chifles, bolones y otros platos típicos de los costeños y montubios; sus hojas envolvían los tamales, las hayacas y los bollos de pescado, impregnándolos con su inconfundible sabor, propio de la costa y de los campesinos del litoral.

La madera de los robles de troncos macizos, con estaturas descomunales, era cotizada por carpinteros y ebanistas para hacer muebles lujosos y perdurables. Las ramas de este tipo de árbol siempre estaban cargadas de bellotas, por lo que las inquietas ardillas las merodean ansiosas, pues eran un deleite para su paladar; sus hojas caían cubriendo los alrededores, como un manto áureo y brillante irradiado por la luz solar.

Las acacias del bosque reverdecían, blancas, violetas, rosas, carmesí y al compás de la lluvia se estremecían, posesas de inquietante frenesí y sutilmente atraían a las luciérnagas que, en cuyo interior escondía un punto esplendoroso, que convertían el paisaje y las noches sin luna, en noches de espanto, ya que sus minúsculos cuerpos resplandecían luminosos. En cambio, los escarabajos, andantes milenarios, de resistentes figuras de prodigio y de débil estructura, han sido sepultados en ritos que han desafiado al tiempo, las creencias y las supersticiones escondidas en leyendas y mitos.

Un abejorro coraza plateado voló y se llenó el cielo de nubes rosadas; ese pajarito copete de grana,

picoteó gozoso la roja manzana; una abejita barriga dorada, chupó las flores zumba alborotada, mientras una mariposa volaba, con ese traje celeste y rosa, entre las flores, luciendo airosa sus dos colores. Su ropa de raso y seda, le quedaba bien a la mariposita.

Los mangles perturbaban con sus aromas los más recónditos recuerdos de mi infancia.

Las exóticas palmeras con sus cimbreantes cinturas, regodeándose con donaire, se movían remecidas por el viento, bajo el calor de la mañana. Las pepas amarillo-verdosas del árbol de grosellas, al recordar su acidez, aumentó mi salivación. Las chirimoyas, qué dulzor, qué suave y delicado manjar. De niña jugaba con sus semillas y hacía colgantes a manera de aretes, mostrando mis habilidades a familiares y amigos.

Con su canto melodioso, el colibrí, miniatura del aire, sacudía sus alas y chupaba a las flores el néctar, conmoviendo la hojarasca y el bosque tropical con su luz. Los tucanes, con plumaje negro brillante y con picos pintados, alborotaban el espacio y sus graznidos resonaban hasta los cerros más lejanos. Las bulliciosas e inquietas viviñas, con sus ecos estridentes, alteraban la quietud y la monotonía del entorno.

Del tronco de un naranjo colgaba el nido de barro de un ollero, una verdadera obra de arte;

con su canto anunciaba la lluvia que refrescaba el ambiente. Las golondrinas batían sus alas, como si fueran un manto negro que envolvía el atardecer. El gorjeo de los chagüis, daba al paisaje y al crepúsculo, una cálida bienvenida. Los cañaverales se bamboleaban al soplo de la brisa y entre ellos unas zarigüeyas agazapadas buscaban refugio para dormir. De entre los ramajes apareció una pareja de monos aulladores, desperezándose con estridentes y prolongados sonidos, buscaban alimentos, hojas y frutos, que eran su deleite.

Los sapos y los grillos emitieron sus sonidos. El grillo tocó el violín y el señor Don Sapo cantó con su voz de tenor, cric, croc, croc, cric. Resoplando y confundidas con la vegetación, las iguanas, macho y hembra, de color verde brillante, hicieron su aparición con sus enormes papadas y sus crestas dorsales que iban desde la cabeza hasta la cola y les daban la apariencia de animales antediluvianos, pero son tranquilas y amistosas. Las guacharacas, en cambio, animaban con su ruidoso canto las madrugadas.

Estos son recuerdos clavados en mis neuronas, que me devuelven la serenidad y me hechizan llenándome de regocijo y paz, en las amanecidas; crecí amando la naturaleza, los árboles, la hierba, las mariposas, los pájaros multicolores, el soplo del viento, el arrebol y la fragancia de las flores con su tímido embeleso y teñidas de colores se empinaban, cual alados trovadores, y sacudían su cáliz con

un beso; el musgo sencillo que irisaba el paisaje y que entre sus briznas envolvía suspiros, tenía entre los visos de su verde encaje, labores de gracia y cuentas de zafiros; el zumbido de las abejas, el ulular de las palomas, el croar de las ranas, el relincho de los caballos, el trino de los pájaros... en fin, sería interminable rememorar en estas líneas mi pasión por todo lo que nos circunda y la magia que me subyuga, que se desprende de la naturaleza y de mis entrañables amigos, los árboles.

En los recuerdos claros de mi infancia, en la pradera inmensa y entre los mangales, esta carga de ensueños y de luna me llena de nostalgia y de pesares... dedico a todos los que cada día, con alegría y amor, se reencuentran con la naturaleza, en plenitud de armonía.

Mi casa

El campo lleno de verdor, agraciado con el multicolor de las margaritas, de los claveles, de las azucenas y de los lirios a lo lejos. Aquí, a mi lado, la tibia arena por donde me desplazo lentamente para llegar a las aguas azules que me brindan el frescor agradable del amanecer y qué decir del brillo del sol naciente, con su esplendor alborotado irradiando en los colores del arco iris la belleza del nuevo día. Es aquí donde vivo, aquí nací y crezco con vigor y alegría, llena de júbilo y dicha; esta es mi casa, una concha calcárea que me resguarda de la lluvia y el sol.

¡Soy feliz!, por lo que entonaré una canción que aprendí hace algún tiempo y que cantaba mi madre a mi padre, cuando en el atardecer las olas del mar lamían la playa: "Papá caracol despacito avanza en medio del sol; una ola agitada lo empapa, lo alcanza; la arena mojada, cubriéndolo está de pies a cabeza, mas él con destreza sin sentir pereza, despacito avanza; las ostras y almejas, lo miran perplejas y hacen mil apuestas, ¡no lo logrará!, papá caracol, sigue con su paso lento, ¡más seguro!, llegará a la meta, ¡no hay ningún apuro! Lo importante no es correr para lograr tus propósitos, sino avanzar con firmeza, con la seguridad de que los alcanzarás".





¿Cuándo dejé de correr?

Me quedé extasiada mirando el horizonte, parecía estar cerca, pero no. Resplandecía lejos, detrás del cerro, que lleno de verdor me llamaba en los atardeceres para, desde allí, observar la llanura, donde yo había nacido un día cualquiera de agosto. —Esta es mi historia, dicen que las cervatillas son ágiles e inquietas, y soy una de ellas, pequeña y dulce, esbelta y grácil, vivaracha y tenaz.

Mi nacimiento fue esperado con mucho amor, tanto que en mi mamá y en papá no cabía el gozo y la dicha al verme nacer. Se llenaron de orgullo cuando mis ojos brillantes y oscuros parpadearon, llenos de asombro al contemplar por primera vez el día rebosante de luz. ¡Cuánta dicha se dejaba sentir alrededor! Pareciera que ese día fuese lejano y es que el tiempo se desliza inquieto, en ocasiones se desboca impaciente, atolondrado... otras, en cambio, parece detenerse sin apuro alguno, a ritmo lento, con un compás de tres por dos.

Me gusta pararme y permitir que mis pensamientos fluyan y entonces, los recuerdos afloran serenos, repletos de sensaciones gratas, sobre todo, los





de mi infancia y adolescencia. Recordando he olvidado presentarme, mi nombre es Plácida y he sido una cervatilla consentida, pues soy la última de cinco hermanos, un macho que murió al caer pastando en un monte no lejos de aquí. Ese fue un duro golpe para todos. Mi madre lo llora hasta el día de hoy.

Mi padre es fuerte y apuesto, se prendó de mi madre el mismo día que la encontró en la llanura pastando; el amor es la llama que perdura en esta hermosa pareja hasta el día de hoy. Mis tres hermanas ya hicieron sus vidas y tienen sus familias, creo que, en ocasiones, tienen sus problemillas, pero los superan y siguen a buen ritmo venciendo las dificultades.

¡Qué alegre era, conociendo y aprendiendo!, pronto supe muchas cosas y con el paso de los años, todos reconocían que era una cervatilla amante del orden, responsable de mis deberes, pero más que nada, deseosa de servir a todos los habitantes de la llanura y de más allá de esos linderos. —¡Qué aterciopelada es tupiel! —me dijo una cigarra que estaba mirándome desde el tronco de un árbol, cantando intermitentemente—, el brillante colorido de tus alas es maravilloso —diciendo esto se alejó, inundando con su risa el paisaje que rebozaba de verdes y azules, blancos y granas. Disponíamos de largos días para jugar, de prolongados crepúsculos para meditar y de noches de luna llena para soñar.

Durante las vacaciones, cuando salió el sol, me dirigí a la orilla del riachuelo, para cruzar a saltos de un lado a otro, y entre juego y juego, ya entrada la mañana, me tendí en busca de reposo y sosiego; luego crucé el caudal y me regocijé del otro lado, con las hojas de sauce, lirios blancos y violetas silvestres, que crecían desperdigados en los prados, impregnando con sus fragancias y aromas el aire tibio del verano. Los rayos de luz cabrilleaban entre las hojas lustrosas de los arbustos. Correteaba por valles espaciosos, por espesuras ocultas, salvando abismos, rodeando laderas entre árboles gigantes, me abría paso sorteando las brechas de las colinas, atravesaba llanuras y valles en forma veloz, bordeaba senderos. ¡Todo el vasto bosque era mi dominio!

El tiempo inexorablemente corría y sin apenas darme cuenta comencé, con lentitud, a mover con temor las cuatro patas. Siguió pasando el tiempo, el que nunca se estanca, las hojas del calendario caían y caían, una tras otra sin advertir. Los años pasaron raudos y entonces mis fuerzas flaquearon y comencé a cansarme y a sentir fatiga al realizar pequeños movimientos.

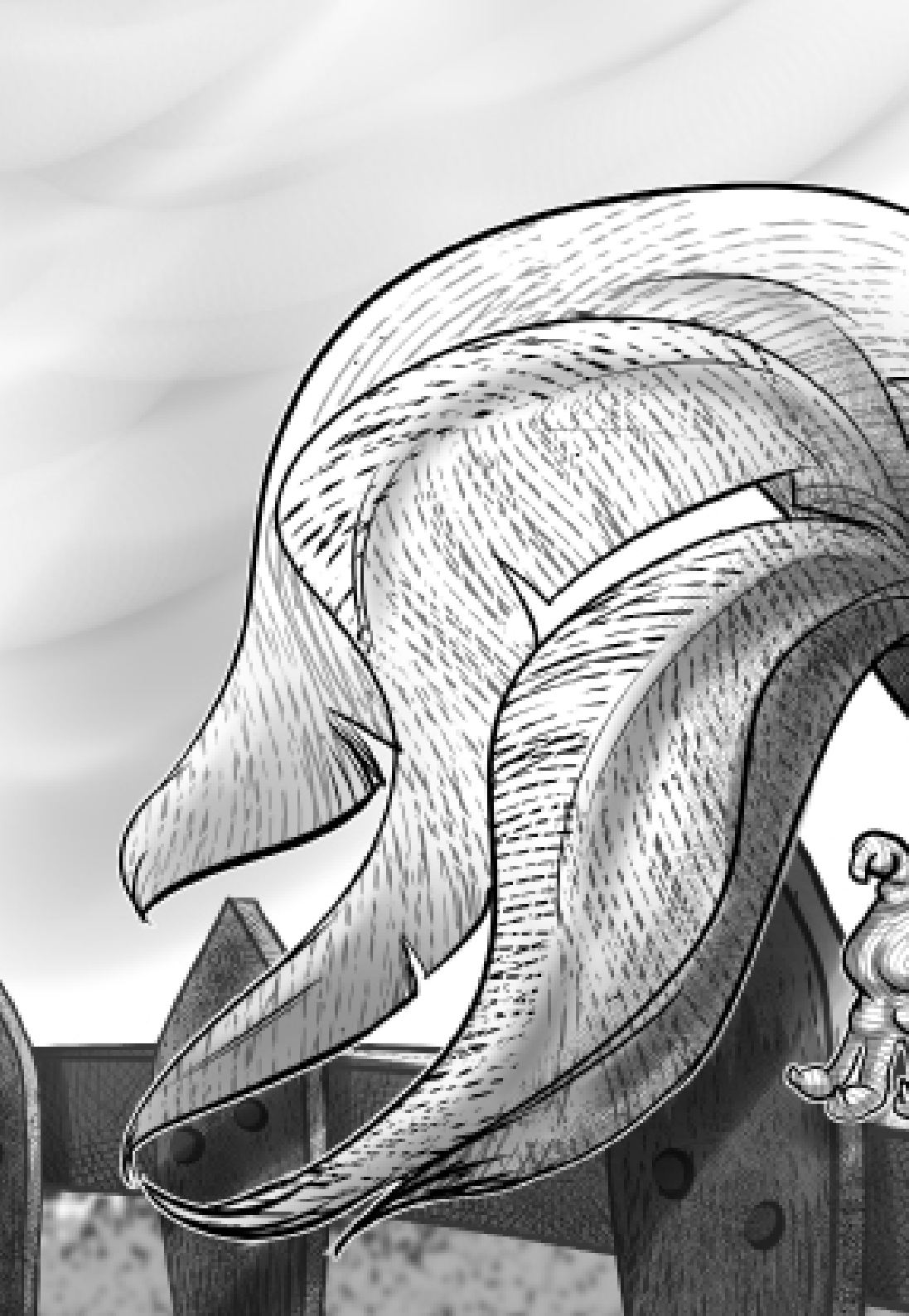
Yo que conocía todos los secretos del bosque y de la llanura, en el que iba y venía, mordisqueando musgos y líquenes, piedrecillas y ramas, entreteniéndome para mirar el amplio horizonte en los atardeceres, viendo el sol esconderse tras la montaña, ya no podía hacer lo mismo.

Atrás quedaron mis años mozos, cuando corría, recorriendo la llanura, subía sin riesgo alguno los cerros, luego descendía por las laderas y bordeaba el río, donde inclinaba mis patas delanteras para beber a borbotones su agua cristalina y fresca. Todo ha quedado para el baúl de las añoranzas, hoy soy una vieja cierva que solo vive para recordar.

Ángel, el gallo tenor

Eran las cinco de la mañana, un sol esplendoroso comenzaba a bostezar y poco a poco sus rayos aún tímidos se dejaban ver a través de la tupida arboleda; de inmediato, la voz estridente, melódica y armoniosa de Ángel, el gallo de nuestra historia, con su cresta pronunciada y sus lóbulos colgantes de un intenso rojo granate, apareció anunciando con su melodioso canto el inicio del nuevo día: —kí, kí, rí, kí. —Con esa maravillosa voz de tenor, nuestro espléndido y bien afinado gallo dio paso al nuevo y radiante día—. Es cierto que era dueño de un par de afiladas espuelas, pero jamás discutía o aún más, debo recalcar que nunca participó en peleas o trifulcas callejeras, pues era un artista refinado y culto; con este alborotado y rítmico canto, puso al gallinero en alerta y todas las emplumadas, al unísono, iniciaron su ruidoso y cadencioso cacareo, dando así apertura al intenso trajín de esta nueva jornada.

Una capa de plumas doradas, sedosas y esponjosas cubría al gallo de nuestra historia, su dorso desde el cuello hasta la espalda, con su cola de plumas arqueadas, de colores verdes, cafés y azuladas, brillaban bajo la luz del sol. Nuestro personaje era





un gallo dominante, a quien le gustaba moverse por espacios abiertos, dejando oír su potente y vibrante voz. De pronto, alzando un corto vuelo se colocó sobre la cerca más cercana y ni corto ni perezoso, lanzó al aire el estruendo melódico de su kí, kí, rí, kí, que se escuchó allende los mares, despertando a todos y cada uno de los habitantes de la comarca.

Ángel era famoso por su voz de tenor, con esa tesitura melodiosa y afinada, su timbre potente, claro y brillante, de mayor resonancia y con un armonioso registro de extraordinaria belleza en los agudos, su voz era apreciada por su coloratura y era, por lo tanto, requerido en cuantas reuniones y espectáculos se anunciaban, sobre todo, los días de celebraciones, fiestas de guardar y de no guardar también. No está demás decir que poseía una exquisita educación y una vasta cultura musical.

Debo eso sí, hacer hincapié que nuestro encopetado gallo daba los conciertos sin recibir remuneración alguna, solo cantaba “por amor al arte”; daba recitales en misas, actos culturales, bautizos, comuniones, matrimonios, hasta en mítines políticos dejaba oír su portentosa y bien afinada voz de tenor, repletando los recintos de multitud de coetáneos que por ninguna razón hubieran querido perderse estas representaciones, que además, debo recalcar nuevamente, eran gratuitas.

Fue así como las hojas del calendario cayeron sin prisa, vinieron los días, los meses, los años y el tiempo siguió su marcha inexorablemente. Pasaron y pasaron las primaveras y como determina la ley de la vida, a todo ser vivo le llega la vejez y nuestro personaje, el tenor de nuestra historia, se convirtió en un adulto mayor, como les dicen ahora a todos aquellos que pasan de los sesenta abriles, y su melodiosa y aterciopelada voz ya no era la misma al solfear los arpegios y los re y si bemol, ese registro agudo que lo hizo famoso en sus años mozos; ahora, ya no lo requerían en las celebraciones, ni en las galas de la comunidad. Ante estas circunstancias tan difíciles, los habitantes se movilizaron para pedir al regente de la mencionada comarca, una renta para Ángel, como muestra de gratitud y recompensa, porque con su canto lírico había dado brillo y realce a toda la comuna. Medallas, pergaminos y diplomas, pendían en el gallinero, por supuesto que él se enorgullecía de haber sido acreedor a ellas; "bueno es el culantro, pero no tanto", pensaba para sus adentros nuestro envejecido gallo.

Hoy, con los tiempos tan difíciles necesitaba monedas para su sustento y para adquirir medicinas, que por su quebrantada salud requería para seguir por el resto del camino que aún debería recorrer, eso sí, con dignidad, decoro y decencia, como todo ser viviente que se aprecie, merece continuar en este planeta.

El mundo animal de los alrededores se reunió para darle un homenaje con cánticos y poemas escogidos para el momento. Doña Cigarra y don Grillo afinaron sus voces para cantar a coro: “detrás del cerro, verde vergel, chicharra cantarina color de miel; escóndete en las hojas, chirría chirriando, los duendecillos están jugando”. El coro melodioso entonaba al unísono: —Una rana croa junto con el alba, peces y amapolas, danza que te danza; en medio del cielo, bordados de organza, piedritas de plata saltan en el agua. —Al son de don Grillo y de don Sapo—: cric, croc, croc, cric, —las notas se escuchaban del do hasta el si, unas veces do y otras veces si—: cric, croc, croc, cric. Una calabaza, pintando su casa, una ola enroscada de espuma plateada, tambor y palillos, polillas y grillos, ranas con papadas, chapotean cansadas, charcos, marejadas, sombras encantadas.

El campo se tiñó de vivos colores y un arco iris apareció detrás de la montaña. Los cánticos se fueron apagando y el gallo de nuestra historia, emocionado, lanzó al aire su maravillosa voz de tenor en un kí, kí, ri, kí, que se escuchó más allá de las llanuras, de los valles, de los oteros, de las colinas, de las montañas, de los ríos, de los lagos y de los mares y todos se sintieron felices al escuchar su afinado y bien logrado canto.

Relatos para niños y adultos con alma de niños

Piedad Romo-Leroux

003

Este libro recopila 11 historias llenas de fantasías que invitan al lector a viajar, acompañando a la autora, por diversos escenarios en donde conocerán a los más divertidos personajes en situaciones que solamente quienes tengan alma de niños podrán disfrutarlas.